

que jamás he dejado de amar con ardiente fervor lo eterno. Dije –o tal vez si me equivoco, quise decir– que era mi deseo hacer uso de cosas mortales en lo que valían, sin hacer violencia a la naturaleza abusando de sus buenas cosas con un deseo ilimitado e inmoderado, persiguiendo la fama humana a sabiendas de que tanto ella como yo hemos de perecer.

**SAN AGUSTÍN** Habláis como un sabio. Mas cuando declaráis que estáis dispuesto a privaros de los caudales que han de perdurar simplemente por lo que confesáis es un soplo fugaz de aplauso, entonces no sois más que un necio.

**PETRARCA** Cierto que es posible que esté aplazando dichas riquezas, mas no renuncio a ellas del todo.

**SAN AGUSTÍN** Mas qué peligrosa es la demora, recordando que el tiempo se acaba muy pronto y que es muy incierta nuestra vida tan breve. Permitidme haceros una pregunta, y os ruego que le deis contestación. Supongamos que el único capaz de fijar la extensión de nuestra vida y muerte, el día de hoy os concediera un año completo, teniendo vos la certeza absoluta de ello, ¿cómo propondríais aprovechar el año?

**PETRARCA** Seguramente que economizaría mucho el tiempo, teniendo gran esmero en emplearlo en cosas serias; y supongo que ningún hombre vivo podría ser tan insolente ni tan necio de contestar en otra forma vuestra pregunta.

**SAN AGUSTÍN** Habéis contestado bien. Y aún así, la sinrazón que demuestran los hombres en este caso es asombrosa, no únicamente para mí sino para todos los que alguna vez han escrito sobre la materia.

Para consignar lo que sienten han combinado todas las facultades que poseen, empleando toda su elocuencia, y aún así, la misma verdad dejará muy atrás sus máximos esfuerzos.

**PETRARCA** Creo que no entiendo el motivo de tan grande asombro.

**SAN AGUSTÍN** Es que codiciáis riquezas inciertas desperdiciando de lleno las que son eternas, haciendo exactamente lo contrario de lo que debéis hacer, si no estuvierais casi desprovisto de la sabiduría.

Así que este espacio de un año, aunque por cierto bastante breve, estando prometido por Él —quien no engaña ni es engañado— lo repartiríais y disiparíais en toda suerte de insensateces, ¡siempre que pudierais reservar la última hora para poder atender vuestra salvación! La locura tan horrible y odiosa de todos vosotros es justamente esto: que perdéis el tiempo en vanidades ridículas, como si hubiera suficientes y hasta sobraran, y aun vos ni siquiera sabéis en absoluto si el que tenéis será suficiente para las necesidades supremas del alma ante la muerte. El hombre que cuenta con un año de vida posee algo aunque breve; mientras que el que no cuenta con tal promesa y queda bajo el poder de la muerte, lo que viene siendo la suerte común de todo hombre; este hombre, digo, no tiene seguridad de un año, de un día; no, ni siquiera de una hora. El que tiene un año para vivir, si pasan seis meses, aún tendrá otro medio año por venir; mas para vos, si se os pierde el día ahora, ¿quién os va a prometer el de mañana?

Es Cicerón quien dice:

Es certeza que debemos morir: lo que es incierto es si va a ser hoy; y no hay nadie tan joven que pueda tener la seguridad de vivir hasta el atardecer.

[De *senectute*, xx.]

Os digo entonces a vos, y por igual se lo digo a todos los que quedan ansiando el futuro sin hacer caso del presente:

«¿Quién sabe si los altos dioses han de agregar siquiera un mañana a éste vuestro pequeño día de la vida?» [Horacio. **Odas**, iv, 7, 17.]

**PETRARCA** Si es que voy a contestar por mí y por todos: Nadie lo sabe, de verdad. ¡Mas anhelemos un año cuando menos; con el cual, si aún seguimos a Cicerón, hasta los más ancianos calculan!

**SAN AGUSTÍN** Sí; y también agrega: no únicamente los viejos sino también los jóvenes son insensatos, ya que abrigan esperanzas falsas, prometiéndose bienes inciertos como si fueran ciertos.

Mas vamos a aceptar como certeza (lo que es imposible) que la duración de la vida será larga y garantizada: aún así, ¿no pensáis que es el colmo de la locura malgastar los mejores años y las mejores partes de vuestra existencia complaciendo únicamente los ojos de los demás y complaciendo los oídos de otros hombres, reservando los últimos y peores –los años que casi no sirven para nada y que no traen nada más que un disgusto por la vida y luego su fin– reservándolos, digo, a Dios y a vos mismo, como si el bien de vuestra alma fuera lo último que os importara?

Aun suponiendo que el plazo fuera perentorio, ¿no se trata de contraponer el orden debido dejando lo mejor al final?

**PETRARCA** No creo que mi forma de verlo sea tan irracional como os imagináis. Es mi principio con respecto a la gloria que podemos esperar aquí abajo, que es correcto que busquemos mientras estemos aquí abajo. Puede uno esperar el goce de aquella otra gloria más radiante en el cielo, una vez que lleguemos allá, cuando a nadie le importe ya, ni tenga deseos de la gloria de la tierra. Por eso, como pienso yo, corresponde al orden verdadero que el hombre mortal se preocupe primero por lo mortal; y que después de lo transitorio seguirá lo eterno; pues pasar de

uno a otro es avanzar muy de acuerdo a lo que tenemos prescrito, aunque no existe para nosotros ninguna vía para poder pasar nuevamente de la eternidad al tiempo.

**SAN AGUSTÍN** ¡Oh, hombre, pequeño en sí, y de escasa sabiduría! ¿Soñáis, entonces, que disfrutaréis de todo placer del cielo y la tierra, y que todo os resultará afortunado y próspero, siempre y en todo lugar? Es un engaño que ha traicionado a miles de hombres miles de veces, hundiendo en el infierno a un sinnúmero de almas. Pensando tener un pie en la tierra y otro en el cielo, no podían estar aquí abajo ni tampoco elevarse a las alturas. Por lo tanto cayeron miserablemente, y la fuerte brisa se los llevó de repente, algunos en la flor de su edad, y otros cuando se encontraban en su edad media y en medio de sus ocupaciones.

¿Y suponéis que lo que les ha acaecido a tantos otros no podrá acaeceros? ¡Ay! si (Dios lo prevenga) en medio de todos vuestros planes y proyectos fuerais cortado, ¡qué aflicción, qué vergüenza, qué remordimiento (¡ya muy tarde!) que hayáis tratado de tomarlo todo habiéndolo perdido!

**PETRARCA** ¡Que el Más Alto con su misericordia me libre de tal miseria!

**SAN AGUSTÍN** Aunque la misericordia divina podrá salvar al hombre de sus tonterías, no las excusa. En la misericordia no hay que confiar en exceso. Pues si Dios aborrece al que pierde la esperanza, también se ríe del que confía en falsas esperanzas. Me dio lástima oír salir de vuestros labios aquella frase que despreciaba lo que llamabais la vieja historia de los filósofos en este asunto. Entonces, ¿es una vieja historia, digo, demostrar por figuras de geometría que es pequeña toda la tierra, comprobando que no es más que una isla de poca longitud y anchura? ¿Será vieja historia dividir la tierra en cinco zonas, de las cuales la más

extensa, que se encuentra en el centro, es quemada por el calor del sol, y las dos exteriores a la derecha y la izquierda, se encuentran presas de una helada persistente y nieves eternas, sin dejar ni un rincón en que pueda subsistir el hombre; mas las otras dos, entre el centro y las dos zonas exteriores, las habita el hombre? ¿Será vieja historia que dicha parte habitada se encuentra dividida, además, en dos partes, de las cuales se coloca una bajo vuestros pies y es custodiada por un amplísimo mar, quedando la otra para que la habitéis en todas partes o, según algunas autoridades, se encuentra una vez más fraccionada en dos partes, siendo habitable una sola de ellas y la otra rodeada de las complicadas sinuosidades del Mar del Norte, que impide el acceso a ella? En cuanto a la parte bajo vuestros pies llamada antípoda, sabéis que por mucho tiempo los hombres más ilustrados han sostenido dos opiniones: que se encuentra habitada y que no; y en el caso mío, tengo expresada mi opinión en el libro llamado **La ciudad de Dios**, que sin duda habéis leído. ¿Será también vieja historia que vuestra parte habitada, ya tan limitada, se encuentra aún más disminuida por mares, pantanos, bosques, arena y desiertos, y que el pequeño rincón que os queda, del que estáis tan orgulloso, se reduce casi a nada? Y finalmente, ¿será vieja historia señalaros que en esta angosta franja en que vivís, existen seres vivientes de diversa índole, distintas religiones que se oponen unas a otras, distintas lenguas y costumbres, lo que hace imposible que vuestra fama se transmita muy lejos?

Mas si todo esto para vos no es nada más que fábula, para mí también, todo lo que me había prometido respecto de vuestra grandeza futura debe ser también fábula; pues hasta ahora había pensado que ningún hombre tenía mayor conocimiento de dichas cosas que vos mismo. Sin decir nada de lo concebido por Cicerón y Virgilio y otros

sistemas de conocimiento físico o poético, de lo cual parecíais tener un conocimiento competente. Sabía yo que no mucho después, en vuestra **África**, habíais expresado exactamente las mismas opiniones a través de estos versos:

El mismo Universo no es más que una isla  
encerrada dentro de estrechos límites,  
diminuta y rodeada de las olas ondulantes del mar.

Habéis agregado otros aspectos posteriormente, y ahora que me doy cuenta de que todo lo estimáis como fábulas, me asombro que los hayáis expuesto con tanta energía.

¿Qué diré ahora de la breve existencia de la fama humana, del lapso tan breve, cuando tan bien sabéis cuán pequeño y reciente es hasta la memoria más antigua del hombre si se le compara con la eternidad? No quisiera recordar aquellas opiniones de los hombres de antaño, consignadas en el **Timeo** de Platón y en el sexto libro de **La República** de Cicerón, en que se pronostican las inundaciones y conflagraciones que han de llegar a la tierra con no poca frecuencia. Para muchos hombres dichas cosas han parecido probables; mas revisten otro aspecto ante los que como vos, han llegado a conocer la verdadera religión.

Y aparte de éstas, ¿cuántas cosas más habrá que luchen, no digo contra la eternidad, sino apenas contra la sobrevivencia del propio nombre? Primero está la muerte de los que le han acompañado a uno en la vida; así como el olvido, que es queja común de la vejez. Luego está la fama ascendente, siempre creciendo más, de hombres nuevos; que siempre por su novedad es un poco despectiva hacia los precursores, pareciendo ascender tanto más cuanto puede deprimir la de éstos. Entonces debéis agregar

también esa persistente envidia que siempre sigue los pasos de quien se lanza a alguna empresa gloriosa; y el odio hacia la verdad misma, y el hecho de que la misma vida de los hombres de ingenio sea odiosa para el vulgo. Pensad también en lo caprichoso que es el criterio de la multitud. Y, ¡ay de los sepulcros de los muertos! que para romperlos, «Basta la resistencia de la rama de la higuera silvestre», como nos ha dicho Juvenal.

En esa **África** vuestra lo denomináis con bastante elegancia: «una segunda muerte»; y aquí me es permitido dirigiros las mismas palabras que habéis colocado en boca de otro:

El busto animado y urna historiada  
caerán, y con ellos vuestra memoria,  
y vos, hijo mío, probaréis una segunda muerte.

¡Bueno, pues, tan excelente, tan inmortal tendrá que ser aquella gloria que se convierte en nada con la caída de una pobre piedra!

Y luego, considerad la desaparición de libros que llevan escrito vuestro nombre, sea por vuestra mano propia o una ajena. Aunque dicha desaparición pueda parecer más lenta, ya que perduran más los libros que los monumentos, no obstante, tarde o temprano es inevitable; pues como en el caso de todo lo demás, existen calamidades naturales o fortuitas sin número a que siempre se exponen los libros. Y aun cuando se salven de todas, ellos, como nosotros, envejecen y se mueren:

Pues lo que haya elaborado mano mortal,  
con su esfuerzo vano, también ha de ser mortal.

Si se le permite a uno optar por refutar vuestro error pueril con vuestras propias palabras. ¿Qué necesidad hay

de decir más? Jamás dejaré de recordaros versos de vuestra propia inspiración que sólo verdaderamente vienen al caso:

Cuando perezcan vuestros libros, también pereceréis;  
ésta es la tercera muerte, todavía por sufrir.

Y ya sabéis lo que pienso yo de la gloria. Tal vez haya empleado más palabras para expresarla que las necesarias para mí o para vos; sin embargo, las creo menos que las que merece la importancia del tema, salvo que acaso aún penséis que todas estas cosas son una historia vieja.

**PETRARCA** De ninguna manera. Lo que habéis estado diciendo –lejos de parecerme historias viejas– ha despertado en mí un deseo nuevo de deshacerme de mis antiguos errores. Pues, aunque tenía conocidas dichas cosas hace tiempo, habiéndolas oído repetir con frecuencia, ya que como lo dice Terencio:

Todo lo que puede decir uno  
ya se ha dicho todo antes. [Terencio. **Eunuco**, 41.]

No obstante, la elegancia de la frase, la narrativa ordenada, la autoridad de quien se expresa, no puede sino conmoverme profundamente.

Mas aún me queda una última solicitud que formular, y es que me deis vuestro criterio definitivo respecto a esto. ¿Es vuestro deseo que deje yo todos mis estudios por un lado y haga renuncia de toda ambición, o aconsejaríais algún proceder más moderado?

**SAN AGUSTÍN** Jamás os aconsejaré que viváis sin ambiciones; mas siempre os recomendaré que antepongáis la virtud a la gloria. Sabéis que la gloria de alguna manera es sombra de la virtud. Por lo tanto, ya que es imposible que vuestro

cuerpo deje de proyectar sombra al brillar el sol, también es imposible que a la luz del mismo Dios, existan virtudes sin que aparezca su gloria. Entonces, quien reste la gloria tendrá por necesidad que restar también la virtud; y ausente ésta, queda desposeída la vida del hombre, y no aparenta más que la de las bestias salvajes que no obedecen más que a su apetito, que para ellas es su única ley. Por lo tanto, he aquí la regla que debéis vivir «perseguid la virtud, y que la gloria siga su camino» y en esto, como dijo alguien de Catón, mientras menos se persiga, más se encuentra. Una vez más me permito invocar vuestro propio testimonio:

Te convendrá huir del honor,  
pues así el honor te perseguirá.

¿No reconocéis el verso? Es vuestro. Sin duda tacharía uno de necio al hombre que al mediodía anduviera aquí y allá al fulgor del sol, agotándose con el propósito de ver su sombra y de señalarla ante otros; ahora bien, el hombre que entre las ansiedades de la vida hace un gran esfuerzo, primero por un lado y después por otro, por difundir su propia gloria, tampoco demuestra sensatez ni razón alguna.

¿Entonces qué? Que el hombre camine constante al son del objetivo que tiene por delante, y lo seguirá su sombra paso a paso; que actúe de tal forma que la virtud sea su premio, y ¡también encontrará la gloria a su lado! Me refiero a esa gloria que es compañera fiel de la virtud; en cuanto a la que ocurre por otros medios, sea por la gracia del cuerpo o simplemente por maña, con las fórmulas sin número que han inventado los hombres, no me parece merecedora del nombre. De modo que en lo que a vos se refiere, mientras agotáis vuestras fuerzas con tan grandes

tareas escribiendo libros, si me permitís decirlo, tiráis fuera del blanco. Pues estáis gastando vuestros esfuerzos en cosas que interesan a terceros, descuidando las que son propias; y así, con este vano anhelo de gloria, aunque no os dais cuenta, el tiempo tanpreciado se va.

**PETRARCA** ¿Qué es lo que debo hacer entonces? ¿Abandonar mis obras inconclusas? ¿O sería preferible apurarlas, y si Dios me da gracia, darles el toque final? Si de una vez ya me quedara libre de dichas preocupaciones seguiría adelante, con la mente más libre, hacia cosas más elevadas; pues poco podría soportar la idea de dejar a medias una obra tan excelente y rica en promesas de éxito.

**SAN AGUSTÍN** ¿De cuál pie deseáis cojear?, lo ignoro. Parecéis inclinado a dejaros a la deriva, mas no vuestros libros.

Y yo he de cumplir con mi deber, mas con qué éxito, depende de vos; pero al menos me habré dejado satisfecha la conciencia. Arrojad al viento esos grandes volúmenes de historias; más que suficiente han celebrado otros las hazañas de los romanos, siendo conocidos por su propia fama. Salid de África, dejándola a sus poseedores. Nada agregaréis a la gloria de vuestro Escipión ni a la vuestra. No puede ser exaltado en cumbre más elevada, mas podéis disminuir su fama y con ella la vuestra. Por lo tanto, dejad todo esto por un lado, y ahora al final posesionaos de vos mismo; y para volver a nuestro punto de partida, permitidme recomendaros que os dediquéis a la meditación de vuestro destino final, que viene llegando paso a paso sin que lo sepáis. Arrancad el velo; dispersad las sombras; mirad únicamente lo que viene; con ojos y con mente, concentrad vuestra atención ahí, que nada más os distraiga. El cielo, la tierra, el mar... todos experimentan cambios. Y el hombre, el más frágil de los seres, ¿qué podrá esperar? Cumplen las estaciones su transcurso y cambian; no queda nada como está. Si pensáis que vais a quedaros,

estáis engañado. Pues como Homero bellamente lo expresa:

Las mermas del cambiante cielo,  
las cambiantes lunas las reparan;  
mas nosotros, cuando abajo hayamos ido,  
desconociendo ya nuestra rica tierra,  
y no escuchar la corriente de sus ríos,  
somos nada más que aire y polvo. [**Odas**, iv, 7, 13-6.]

Por lo que, cada vez que veáis los frutos del estío que salen después de las flores de la primavera, y el agradable fresco de otoño que sigue después del calor del verano, y la nieve invernal que viene después de la vendimia otoñal, decid para vos: «Pasan las estaciones, y aún han de volver; mas he de irme yo para no volver jamás». Cada vez que veáis al atardecer prolongarse las sombras de las montañas en el llano, deciros: «Ya pronto se va la vida; la sombra de la muerte empieza a tenderse sobre el panorama; aquel sol mañana otra vez ha de amanecer igual, mas este día mío jamás ha de volver».

¿Quién contará las glorias del cielo de la medianoche, que a pesar de considerarse el momento que eligen los hombres malvados para sus fechorías, para hombres de buen corazón es el más sagrado de los momentos? Bien, cuidado que no seáis menos vigilante que aquel almirante de la armada troyana; pues los mares en que navegáis no son más seguros que los de él; levantaos a la medianoche y:

Todas las estrellas que en el cielo silencioso  
siguen su trayecto, observad en agudeza.  
[**Eneida**, iii, 515.]

Cuando las veáis apresuradas en su camino al poniente, pensad que también os movéis con ellas; y para poder seguir viviendo no tenéis esperanza, confiado únicamente en Él, quien no conoce el cambio y no sufre ninguna mengua. Además, cuando encontréis a los que apenas ayer conocisteis de niños, viéndolos ahora que crecen en estatura convirtiéndose en hombres, etapa por etapa, recuerda que vos en igual forma, en el mismo lapso vais bajando la cuesta y a mayor velocidad, por esa ley de la naturaleza conforme a la que las cosas que son pesadas suelen caer.

Cuando vuestros ojos vean algún edificio antiguo, que vuestro primer pensamiento sea, ¿dónde están los que con sus manos lo edificaron? Y cuando veáis los nuevos, preguntad, ¿dónde estarán al poco tiempo los que los edificaron también? Si acaso veis los árboles de alguna huerta, recordad que con tanta frecuencia sucede que uno los planta y otro levanta la fruta; pues tantas veces se hace realidad el dicho de **Geórgicas**:

Planta uno el árbol, mas ¡ay!, la sombra  
de lento crecimiento su nieto disfrutará.

Y cuando veáis maravillado de gusto alguna rápida corriente, entonces no recurro al pensamiento de otro poeta, para que siempre tengáis presente el vuestro:

No hay río que se apresure con mayor fuga  
que la rauda corriente de la vida.

No dejéis tampoco que la multitud de los días ni las divisiones artificiales del tiempo os engañen el juicio, pues la existencia entera del hombre, por más que sea prolongada,

no obstante es como un solo día, y aun así no un día entero.

Que tengáis con frecuencia ante los ojos un ejemplo de Aristóteles, sabiendo que es uno de vuestros predilectos; y sus palabras estoy seguro que jamás podréis leer ni oír sin sentir las profundamente. El mismo lo encontraréis repetido por Cicerón en las **Oraciones tusculanas**, y en palabras tal vez aún más claras e impresionantes que el original. He aquí lo que dice, o casi lo que dice, pues por el momento no tengo su libro a la mano:

Nos dice Aristóteles que en las riberas del río Hipano que fluye hasta el mar Euxino, existe una raza de animalitos que viven únicamente un día. El que se muere al amanecer, se muere joven; el que se muere al mediodía se muere a mediana edad; y si logra alguno vivir hasta el atardecer, se muere en la vejez, y más es así alrededor del momento del solsticio. Si comparáis el lapso de la vida del hombre con la eternidad, no parecerá más larga que la de ellos.

Hasta ahora os presento a Cicerón; mas lo que él dice me parece tan lejos de toda duda que ya desde hace tiempo ha pasado el dicho de las lenguas de los filósofos al habla común. A diario se oye –incluso a hombres ignorantes y sin instrucción– al ver a algún niño chiquito hacer uso de alguna expresión como la siguiente: «Bien, bien, está aún en su madrugada»; si ven a un hombre, dirán: «Pues, está ahora en su mediodía», o «Está bien entrado a la mitad de su jornada»; si ven a un viejo ya vencido comentarán, «Ah, ya va para el anochecer y la puesta del sol».

Ponderad bien esas cosas, mi muy querido hijo, y otras similares a ellas, que sin duda van a acudir a tus pensamientos, tal como estas últimas que de momento han

acudido a los míos. Y una cosa más os ruego que tengáis presente: que miréis los sepulcros de los que tal vez sean mayores que vos y a quienes hayáis conocido; mirad con diligencia, y teniendo luego por seguro que la misma morada, la misma casa también la tenéis ya preparada. Para allá nos vamos todos; es nuestra última morada. Vos que ahora tal vez orgulloso, y pensando que aún no os abandona vuestra primavera, pisoteáis a otros bajo vuestros pies, por otra parte seréis pisoteado. Meditad todo esto; que lo consideréis día y noche; no únicamente como hombre de mente sobria recordando cuál es su naturaleza, sino según le conviene a un hombre de sabiduría, y teniéndolo todo bien presente, como quien recuerda que está escrito que

Toda la vida del hombre sabio es preparación ante la muerte. [**Oraciones tusculanas**, i, 30.]

Ese dicho os enseñará a pensar poco en lo que respecta a cosas terrenales, poniendo ante vuestros ojos un mejor camino a seguir en la vida. Me preguntaréis ¿qué clase de vida será, y en qué forma puede uno acercarse a ella? Y he de responder que ya no tenéis necesidad de consultas ni consejos extensos. Escuchad nada más a aquel Espíritu Santo que siempre llama, diciendo en palabras con urgencia, «He aquí el camino a vuestro país natal, vuestra verdadera morada».

Sabéis lo que Dios evocaría en la mente; senderos para vuestros pies, peligros a ser evitados. Si queréis estar a salvo y libre, obedeceréis su voz. No hay necesidad de prolongadas deliberaciones. La naturaleza de vuestro peligro reclama acción, y no palabras. El enemigo os acosa a las espaldas, y se apresura a acometer por delante; ya tiemblan los muros de la ciudadela en que os encontráis

sitiado. No hay tiempo para titubear. ¿De qué sirve componer dulces canciones para oídos ajenos si ni vos mismo las escucháis?

Deberé llegar al final. Evitad las piedras adelante a como dé lugar; bajad el ancla en lugar seguro; seguid el derrotero que os marquen las inspiraciones de vuestra propia alma. Es posible que por el lado malo, sean malas; mas respecto a lo que es bueno, serán ellas mismas de las mejores.

**PETRARCA** ¡Ah! ¡Ojalá que me hubierais dicho todo eso antes de que me entregara a estos estudios!

**SAN AGUSTÍN** Os lo he dicho con frecuencia. Desde el primer momento en que os vi levantar la pluma, pude prever la brevedad de la vida y su incertidumbre, y también la certeza, y qué esfuerzo tan largo. Vi que la tarea sería mucha y el fruto poco, y os advertí todas esas cosas. Mas se encontraban vuestros oídos absortos en las premiaciones del público, que para mi asombro os cautivaron, aunque hablabais como si las despreciarais. Mas ya que hemos dialogado tiempo suficiente, si algunos de mis consejos os han parecido buenos, os ruego no permitir que vengan a la nada por falta de energía o recuerdo; y por otra parte si a veces he sido un poco duro, ojalá que no lo tengáis a mal.

**PETRARCA** En verdad os tengo una profunda deuda de gratitud, por muchas cosas, entre otras esta conversación de tres días en forma muy especial; pues me habéis aclarado mi oscura visión, despejando las pesadas nubes de error que me afectaban. ¿Y cómo expresar mi agradecimiento a ella también, al espíritu de la Verdad, que sin cansarse por nuestra larga conversación, nos ha atendido hasta el final? Si nos hubiera dado la espalda, habríamos vagado a oscuras; entonces vuestro discurso hubiera carecido de veracidad, y mi entendimiento tampoco lo hubiera acepta-

do. Y ahora, como aguarda la morada de ella y de vos en el cielo, debiendo yo seguir aún viviendo en la tierra, y como veis, me encuentro bastante perplejo y acongojado, sin saber cuánto ha de durar, os imploro por vuestra bondad que no me abandonéis, a pesar de esa gran distancia que me separa de quienes son como vos; pues sin vos, el mejor de los padres, no sería mi vida más que una gran tristeza, y sin la Verdad, ya no podría vivir jamás.

**SAN AGUSTÍN** Podéis tener por otorgada ya vuestra solicitud, siempre que os seáis fiel, pues ¿cómo podrá uno ser constante con el que no guarda constancia consigo mismo?

**PETRARCA** Seré fiel conmigo mismo, hasta donde tenga la capacidad de serlo. Voy a recuperarme e integrar mis pensamientos dispersos, haciendo un gran esfuerzo por poseer mi alma con paciencia. Mas aun, mientras hablamos, una multitud de asuntos importantes, aunque nada más del mundo, espera mi atención.

**SAN AGUSTÍN** Para el común de los hombres será lo que les parece de mayor importancia; mas en realidad no hay nada de mayor importancia, y no hay nada que deba estimarse de mayor valor. Pues en cuanto a otras formas de pensar, tal vez no las estiméis esenciales para el alma, mas el fin de la vida ha de comprobar que las que nos han ocupado son de necesidad eterna.

**PETRARCA** Confieso que así son. Y ahora vuelvo a atender aquellos otros asuntos con el único propósito de poder volver a los presentes, una vez despachados los primeros.

No ignoro, como habéis dicho hace unos minutos, que sería para mí mucho más seguro no atender más que el bien de mi alma, haciendo renuncia a toda vía ajena, siguiendo el camino recto por la vía de la salvación. Mas me faltan fuerzas para poder resistir totalmente aquella inclinación hacia el estudio.

**SAN AGUSTÍN** Estamos cayendo en nuestra controversia anterior. A la falta de voluntad la llamáis falta de fuerzas. Bien, que así sea, si no puede ser de otra manera. Ruego a Dios que os acompañe donde vayáis, y que dirija vuestros pasos, aunque sean errantes, hacia el camino de la verdad.

**PETRARCA** ¡Ojalá que sea así, como lo rogáis! Que Dios me aparte, íntegro y a salvo, de tantos caminos torcidos; para poder obedecer la voz que me llama; que no levante yo ninguna nube o polvareda ante mis ojos; y con la mente en calma y en paz, pueda yo oír al mundo volverse quieto y silencioso, y que los vientos de la adversidad se disipen.

\* \* \*

**Francesco Petrarca**, poeta, ilustrísimo orador. Su libro, que tituló **Secretum**, en el que se desarrolla un diálogo de tres días respecto del desprecio al mundo. Fin.

Impreso en Venecia por Simón de Luere, 17 de junio de 1501.

## LA MASOQUISTA

A Leda

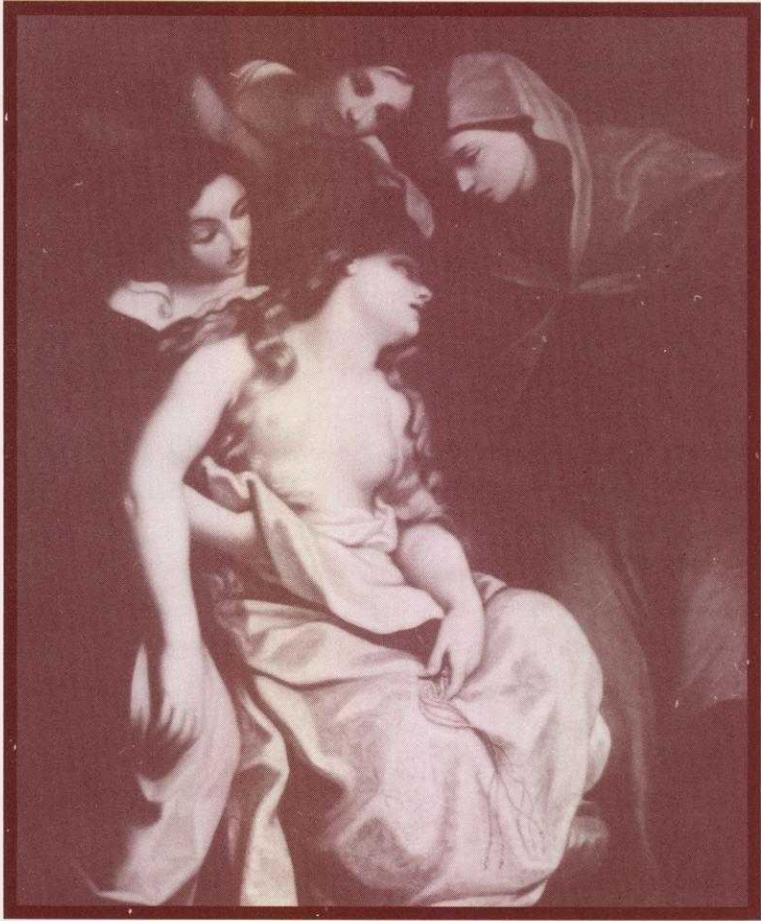
Hace algún tiempo le pedí a los lectores de la revista **Norte** que me ayudaran a identificar al autor o escuela de un óleo (1 x 1.30 mts.) que adquirí a un tratante de cuadros antiguos en la ciudad de Nueva York en 1986, el cual publiqué en la tercera de forros del número 369.

Dicho cuadro, sin firma y sin título, lo he contemplado muchas horas y sentí el deseo de nombrarlo **La masoquista\***, puesto que todo en él induce a creer que la patricia (figura central) ha sufrido una autoagresión. No parece haber ocurrido un intento de violación, ya que la circunstancia de opulencia y cuidado de su servidumbre no lo hubieran permitido. ¿Qué provocó ese ataque autoagresivo? Quizás una penitencia debida al remordimiento por haber pecado, o acaso, la desesperación de un despecho amoroso o un frenesí de celos incontrolables.

Francisco Alberoni, en el capítulo II de su libro **El erotismo**, asocia éste al masoquismo:

Pero las emociones profundas, **lo que es específicamente erótico en estos relatos no es la relación sexual**. Es la debilidad, la tensión. Es la turbación de los celos. Es el enamoramiento sorpresivo que oprime el corazón, que hace sufrir y que desespera. El erotismo se enciende cuando cualquier mujer, que nada espera, siente sobre sí la mirada y el

\*Portada.



interés del hombre. Cuando sucede lo increíble, como en el mito de la Cenicienta o en el de todos los débiles a quienes todo les es concedido por gracia. **El erotismo también es angustia, temor de no ser amada** —tiene que sentirse solicitada, continuamente solicitada [goza en el] rechazo— con la esperanza ansiosa de que el amado regrese a pesar de su negativa. **El erotismo arde en esta tensión, en esta duda**, continuamente defraudada y renaciente: ¿le gusto? ¿me desea? ¿me ama?

Marcelino Menéndez y Pelayo (1856-1912), en **Historia de las ideas estéticas en España**, vol. IV, nos informa de las opiniones de Schelling (1775-1854):

**El arte es lo más elevado que existe para el filósofo, porque le abre el santuario donde arden, en una llama única, en alianza original y perpetua, lo particular y lo universal.** La concepción que el filósofo se forma artísticamente de la naturaleza es para el arte la más primitiva y natural. ¿Qué es lo que llamamos naturaleza sino un poema oculto bajo una escritura misteriosa? Podríamos, no obstante, descubrir el enigma leyendo allí la odisea del espíritu, decaído, encarcelado, buscándose eternamente a sí mismo. Por el mundo de los sentidos, no vemos, sino a través de una nube, la tierra de la fantasía a la cual nos encaminamos. **Pero un cuadro, cuando es excelente, rompe la muralla de separación entre el mundo ideal y el real, y abre camino para que las formas del reino de la fantasía se muestren a nosotros en toda su belleza.** Para el artista, como para el filósofo, la naturaleza no

es más que el mundo ideal apareciendo en límites constantes, o la imagen imperfecta de un mundo que existe, no fuera de él, sino en él.

En el capítulo VI, **Meretrices, matrimonio y mito** de su libro **Poetas latinos y la vida romana**, Jasper Griffin nos ofrece una visión de aquella época:

Es fácil ver que los mitos ofrecían una fuente inextinguible de sufridas y apasionadas heroínas. Horacio [65-8] hizo un uso modesto del tema, consignando en su colección de odas los lamentos de dos de ellas: Hipermestra y Europa.

(...)

Generalmente, la mitología ofrecía una alternativa al mundo prosaico de Roma: mundo de motivos simples, alejamiento de la venalidad, vida de acuerdo con las emociones. **Las bellezas de la mitología eran los símbolos perfectos para el tema del amor** de Propertio [50-16], quien demostró dos cosas crucialmente importantes. Primero, las mujeres podían ser apasionadas y fieles, viviendo por el amor y muriendo por él, llevadas por un gozo extático o gran desesperación. Segundo, que la vida amorosa podía ser mucho más digna y magnífica que la insignificante frivolidad que la ortodoxia romana pensaba que era.

La poesía griega tenía prestigio. Gente respetable en Roma estimaba a los poetas, los leía en la escuela, decoraba sus casas con escenas y figuras de sus obras. Catulo [84-54] utiliza en su poema 64 el prestigio de Troya y la guerra troyana para glorificar un asunto que los virtuosos creerían indecente. Al

final de otro período, Ovidio [43-18] se deleita él y sus lectores al representar contemporáneos conocidos, en el vestido y desnudo de Paris y Helena. La descorazonada Hipsipile, al igual que Oenone y Ariadne, las apasionadas Calipso, Helena y Scila, hasta heroínas llevadas por la pasión al crimen como Medea, o el incesto como Mirra, o a la bestialidad como Pasifae: la imagen de cada una de ellas por lo menos consolante porque demostraron la supremacía sublime del amor.

¿Puede alguien dudar que esta pléyade de poetas romanos de la época augusta influyó en la pintura italiana de todas las épocas? La augusta fue llamada así por el primer emperador romano: Caius Octavius, sobrino de Julio César, mejor conocido como César Augusto, quien además de los mencionados protegió a Virgilio [70-19], autor de **Eneida** y a Tibulo [55-19] autor de elegías báquicas.

Los poetas augustanos profesaban la religión báquica. Baco era el **dios del vino y la poesía**, y el erotismo de bacantes y sátiros era consecuencia del vino, el ritmo de la poesía y el sonido armónico de flautas, cimbales y tamborines. Los griegos profesaban la misma religión bajo la advocación de Dionisio, que descendía de Osiris, dios egipcio de la fertilidad y el amor.

Meleagro (s. I a. C.), antólogo y poeta de Gadara (Jordán), versificó parte del ritual báquico del mundo romano:

Cuando del **rayo ardiente**  
salió el festivo **Baco**,  
de **pavesa** y cenizas

y de humo rodeado,  
las apacibles Ninfas  
de las fuentes y lagos,  
de puras dulces aguas  
le dieron frescos baños.  
y por eso las **ninfas**  
**son amadas de Baco,**  
y sin ellas es **fuego**  
su licor soberano.  
**Quiero más, echa vino.**  
**llena, llena la copa,**  
**que beberla quiero**  
al nombre de Eliodora:  
y tú, cuando la llenes,  
su dulce nombre, Dorcas,  
repite a mis oídos,  
y tráeme la corona  
que tejieron sus manos  
de azucenas y rosas;  
a mis sienes la ciñe;  
mas, ¡ay!, tal vez ahora  
**ella en ajenos brazos**  
**descuidada se goza,**  
que mustias me lo dicen  
las flores amorosas.

Catulo (84-54 a. de C.), fue contemporáneo de Craso a quien satirizó:

Cuando me asalta **Baco**  
no hay cuidado que vele,  
ni al mismo Craso estimo  
con todos sus haberes.

**Luego la dulce musa  
me llega de repente,  
y me fabrica versos  
para cantar alegre.**

Tras esto, con la hiedra  
ceñidas ambas sienes,  
las cosas todas huello,  
por más que se veneren.

Corra el otro a las armas  
cargado de paveses,  
que yo tan sólo al **vino**  
correré diligente.

Por eso tú, muchacho,  
**echa vino** y sé breve,  
que más quiero asomarme  
que morir de repente.

Escuchemos a Virgilio (70-19 a. C.) quien en la égloga II de las **Bucólicas**, nos ofrece una visión fantástica:

¡Oh Dafnis, sé propicio a los tuyos, sé su bienhechor! He aquí **cuatro altares**, dos erigidos en tu loor y los otros dos en honor de Apolo. Todos los años te ofreceré dos copas en las que brillarán las espumas de la leche nueva y dos vasos llenos del untuoso jugo de la oliva, después, ora al amor de la

lumbre, si es invierno, ora a la fresca sombra, si es verano, **verteré profusamente en las copas, el delicioso néctar del arviso.** Dametas y el cretense Egón, nos harán escuchar sus bellos cantos y Alfesibeo remedará las danzas de las **sátiros**. Estas fiestas y estos homenajes ¡oh Dafnis! habremos de rendirte, ora en las solemnes fiestas de las **ninfas**, ora cuando alrededor de nuestros campos paseemos la víctima propiciatoria.

Mientras el jabalí more en las montañas, los peces en el agua, las abejas se nutran de tomillo y las cigarras liben el rocío permanecerá tu nombre, tu gloria y tus virtudes entre nosotros. Como a **Baco** y a Ceres, los labradores, te dirigirán todos los años sus votos, y tú escuchándolos, los obligarás a cumplirlos.

Horacio (65-8 a. C.), en sus **Odas** nos ofrece ésta **A Quintio Hirpino:**

No te apures por saber, Hirpino, lo que meditan el belicoso Cántabro o el Escita, pues que el Adria nos separa de ellos; ni te inquietes por las necesidades de una vida que exige tan poco.

**Rápidos se van la juventud dorada y la belleza;** y la rugosa vejez llega ahuyentando los **amores lascivos** y el buen sueño.

Las flores de la primavera no conservan siempre su frescura; la faz de la **luna** no siempre **brilla**.

¿Por qué fatigas tu débil mente, Hirpinio, con proyectos eternos?

Tumbados bajo ese alto plátano, o bajo ese pino, perfumando de rosas nuestros blancos cabellos, embalsamados con el nardo de Siria, hagamos otra cosa; **bebamos mientras podamos.**

**Baco disipa los temores fastidiosos.** ¿Qué joven esclavo va a **refrescar esas ánforas de ardiente falerno** sumergiéndolas en ese arroyo que huye?

¿Quién hará salir de su morada misteriosa a la **cortesana Cydé?** ¿Quién nos la traerá?

¡Corre, niño; que se dé prisa; que venga con su lira de marfil y con sus cabellos trenzados a la manera de las hijas de Esparta!

Y aún más, deleitémonos con esta oda a Virgilio:

Esta es la estación que **trae la sed**, Virgilio.

**Si deseas saciar la tuya con el jugo que Baco ha hecho fluir de los collados de Cales;** ¡oh Virgilio, cliente de lo más escogido de la juventud romana!, es menester que por mi **vino** me des nardos.

La más pequeña cornerina de perfumes hará que salga uno de los **toneles** que ahora duermen en los trojes de Sulpicio y que encierran tesoros de esperanza y hechizos para disipar amargas preocupaciones.

Si gustares de estos goces, corre, vuela, ven aquí, mas no olvides la condición.

No pienso yo bañarte con mis vasos de balde, como los dueños de palacios.

Ni retardo, ni afán de lucro; deja eso, Virgilio.

Piensa ahora que es tiempo, en las **llamas funestas de la pira**; interrumpe las graves ocupaciones con unos momentos de locura.

Cosa dulce es el perder alguna vez el juicio.

Oremos con Propercio (47-15 a. C.), en su plegaria a Baco (Elegía III, canto XVIII):

Ahora, oh **Baco, ante tus aras nos postramos humildes:**  
a mí, apacible, oh padre, velas propicias dame.

Tú puedes de la insana **Venus** reprimir los orgullos,  
y se hace medicina de cuitas, con tu **vino**.

**Por ti se unen los amantes; por ti se separan:**  
del ánimo mío, tú lava el vicio, **Baco**.

Pues que tú no eres ignaro, en los **astros** también atestigua  
Ariadna, llevada al cielo por tus linceos.

Este mal, que viejos **fuegos** conserva en mis huesos,  
me lo sanarán las exequias, o tus **vinos**.

Pues siempre a vacuos amantes una noche sobria atormenta  
y esperanza y temor vuelven, por turno, su ánimo.

Pero si, Baco, por mis sienas con tus dones **hirvientes**,  
venir se hiciera el sueño hasta los huesos míos,  
yo mismo sembraré vides y plantaré, en orden, colinas,  
que, mientras yo vigilo, ningunas fieras cojan.

Con tal que se hinchen para mí las cubas con mosto purpúreo,  
y los pies que la oprimen manche la uva nueva,  
lo que de vida queda vivirá por ti y por tus **cuernos**,  
y me dirán poeta de tu virtud, oh **Baco**.

Cantaré yo los maternos partos por el **rayo** del Etna,

y, ante los Niseos coros, huyentes armas índicas,  
y, vanamente loco, en contra de la **vid** nueva, a Licurgo,  
de Panteo las exequias, a triples greyes gratas  
y curvos cuerpos de delfines, los nautas Tirrenos  
que a las aguas saltaron de pampanosa nave,  
y para ti media Naxos sus bienolientes ríos,  
de donde **bebe tu vino** la Naxia turba.

Todavía los poetas actuales recrean aquellos rituales eróticos en sus poemas, tanto por tradición cultural como por memoria ancestral. El mejicano Gabino Ortiz (1819-85), de Jiquilpan, quien perdió el sentido material de lo tuyo y lo mío, fue todo un poeta báquico. Libemos su **Brindis**:

¡Qué bella es la vida de encanto circuída,  
rodeada de flores, de **vinos y amores**,  
de inmensos placeres, de **ardientes** mujeres,  
de eterna ilusión!

¡Qué hermoso es el mundo que va vagabundo  
siguiendo a porfía del **astro** del día,  
la **llama fulgente**, que baña mi frente  
con dulce calor!

¡Cuán bello el espacio de gualda y topacio,  
de plata y zafiro, donde hacen su giro  
de mundos millares y mil **luminares**  
**de claro fulgor!**

¡Cuán bellas las **fuentes, las mansas corrientes,**  
los rápidos ríos, los bosques sombríos  
la extensa llanura de fresca verdura,  
de grama y trebol!

¡Cuán lleno de encanto el mágico canto  
melífluo del ave, la música suave  
de los ruiseñores, el agua, las flores  
de plácido olor!

El céfiro blando que va acariciando  
con besos amantes, las rosas fragantes  
que el alba colora y riega la aurora  
con llanto de amor.

¡La voz imponente del ronco torrente,  
la nieve que pura eterna **fulgura**  
en la alta montaña, la **luna que baña**  
**con tibio fulgor!**

**¡Cuán dulce el martirio que causa el delirio,**  
**al ver la mirada de joven amada,**  
**de grata hermosura que ardiente nos jura**  
**constancia y amor!**

Su frente, sus **ojos**, sus labios qué rojos  
entrebrea la risa, cual mansa la brisa  
entrebrea amorosa de purpúrea rosa  
el tierno botón.

La perla que oscila en **negra pupila**  
**revela la llama que férvida inflama**  
**el mórbido seno que agítase lleno**  
**de inmensa pasión.**

La suave ambrosía que su hálito envía  
**a beber provoca en su riente boca,**  
**con loco embeleso y en lánguido beso**  
**torrentes de amor.**

La vida es muy bella; gocemos en ella  
placeres divinos... **que vengan los vinos**  
**que vengan las bellas. Abrid las botellas,**  
**que corra el licor.**

**Las copas llenemos, ansiosos brindemos**  
**y en báquico coro con arpas de oro**  
**alegres cantando, nos halle expirando**  
**por ellas el sol...**

Rubén Darío (1867-1916), nicaragüense, en su poema **El ánfora** también se regresa dos milenios:

Yo tengo una bella **ánfora, llena de regio vino,**  
que para hacer mis cantos me da fuerza y calor.  
En ella encuentra **sangre** mi corazón latino  
**para beber la vida, para latir de amor.**

Grabó en ella un artífice con su buril divino,  
junto a una niña virgen, a **Baco y Esplendor**.  
Y a Pan, que enseña danzas, el rostro purpurino.  
A cabras y pastores, bajo un citiso en flor.

El ánfora gallarda contiene la alegría:  
**Dionisio** su carquesio sobre ella derramó;  
el **sátiro** gallardo su aliento, su armonía.

Y Venus, una perla que en sus cabellos vio.  
**El vino rojo tiene mi luz, mi poesía:**  
quien lo hace son los dioses y quien se embriaga, yo.

La Iglesia cristiana, influida por San Agustín (354-430), quien había profesado el maniqueísmo, cuyos principios morales son antilibidinosos, gradualmente fue destruyendo todos los vestigios de la religión báquica. Mas en el Renacimiento surgieron los antiguos poemas de la época augusta en poetas como Poliziano (1454-94) quien compuso versos báquicos que influyeron a toda una generación de artistas como Bellini (1426-1516), Miguel Angel (1475-1564), Giorgione (1478-1510), Tiziano (1477-1576), Veronese (1528-1588) y Tintoretto (1518-94), los que pintaron cuadros de la mitología greco-romana, reviviendo el arte erótico aunque en ocasiones mutilado de sus símbolos.

George Gordon (1788-1824), conocido como el poeta Byron, en su poema **Beppo** nos ofrece una imagen de Venecia:

Esas mismas venecianas, tienen bellas caras  
ojos negros, cejas arqueadas y dulces expresiones  
tales como antaño se copiaban de los griegos  
en arte antigua mal recreada por modernos,  
y como tantas Venus de Tiziano  
(las mejores las verás en Florencia, si quieres)  
las contemplarás apoyadas en sus balcones  
o salidas de un lienzo de Giorgione  
cuyos colores son verdad y belleza a lo máximo.

Rafael Alberti (1902), fue más explícito que Byron, en este poema  
de su libro **Roma, peligro para caminantes**:

Por el puente de las tetas  
se asoman las venecianas  
Eran tetas, no manzanas,  
las del puente de las tetas.  
Bajo el puente de las tetas  
yo miraba en la corriente  
temblar las tetas del puente  
de las tetas.

Sobre el puente de las tetas  
las tetas ennochecían  
y se desaparecían  
por el puente de las tetas.  
Sin el puente de las tetas  
dormí y soñé dulcemente  
que dormía sobre el puente  
de las tetas.

En el capítulo **Las madonas en sus pinturas de altar**, de su libro **La vida y época de Tiziano** (1967), comenta Liana Bortolón:

**La exaltación de la belleza femenina fue un rasgo permanente en el arte de Tiziano:** desde las bien formadas y muy humanas señoras, vestidas con mantos ondeantes, a las venus de complejiones luminosas y cabelleras roji-castañas trenzadas a la Tiziano que desde entonces han sido identificadas en sus pinturas. Eran las mujeres a quienes veía a su alrededor que se sentaban en sus asoleados balcones con sus largos bucles extendidos para secarlos y aclararlos como era la moda de aquel tiempo.

Acerquémonos pues a la escuela veneciana de pintura con el propósito de conocer el origen de la pintura al óleo: **La Masoquista**. En la introducción al libro **Venetian Painting** (Thames and Hudson. Londres 1991), John Steer, nos dice:

En Tiziano, y en la escuela veneciana por lo general, este **acercamiento sensual** a los datos visuales es igualado a un acercamiento comparable a la pintura en sí. Con el propósito de apuntar estos efectos, Tiziano extiende inmensamente las posibilidades del medio que utiliza: el aceite, y como consecuencia desarrolla un sentimiento hacia el mismo aceite. Un amor por el color y la textura en lo contemplado tiene su complemento natural en un amor similar por las **cualidades sensuales** del medio donde se expresan, [además] de un sentimiento hacia la pintura, la textura y superficie del lienzo

y el diseño decorativo de las pinceladas son elementos esenciales en el arte veneciano.

La pintura veneciana tiene que ver con color, luz y espacio, y en segundo término, con la forma. Puede llamarse visual en un sentido especial, porque el color, luz y sombra son, de hecho, la materia prima de la experiencia visual, y los pintores venecianos del siglo XVI se las ingeniaron para plasmar con pintura nuestra percepción visual de la misma. También encontraron en la pintura al óleo un medio de un rango inmenso y potencial por el cual podían expresar su amor por el color y la textura a su satisfacción. Todas estas características tienen sus **orígenes en una tradición artística que comenzó en Bizancio y continúan con los temas principales del arte veneciano hasta el siglo XVIII.**

En el capítulo V: **La segunda mitad del siglo XVI**, Steer nos informa que el **arte erótico** no fue tan reprimido por la Iglesia en lo que fue el imperio romano oriental, de donde pasó a Venecia. Al descubrir el arte hedonista de Veronés (1528-88) en su pintura **Fiesta en la casa de Simón** 1560, dijo:

Tales escenas festivas, desde luego no representan la manera de vivir en Venecia, ya sea en el siglo XVI o cualquier otra época, sino que como las pinturas de Carpaccio (1450-1522) representan, a un nivel imaginativo, un ideal de belleza física y esplendor material, lo cual, en resumidas cuentas, es parte de lo heredado de Bizancio por Venecia.

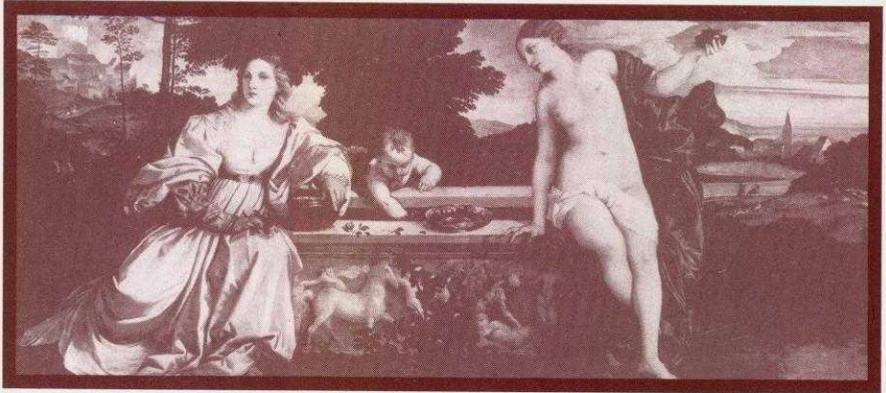


Paolo Veronés (1528-88), **Fiesta en la casa de Simón.**

Podemos suponer que el óleo **La Masoquista** pertenece a la escuela veneciana del siglo XVIII y que su autor está fuertemente influido por la pintura simbólica de Giorgone y de Tiziano, de quien dice John Steer en el libro mencionado, en el capítulo **Los retratos venecianos**, al compararlo con Palma:

El contraste entre estas dos pinturas sirve para definir la diferencia entre Tiziano y el único artista que después de la muerte de Giorgione podría concebirse rival como retratista. La pintura de Tiziano crea una imagen evasiva y psicológica; la de Palma Vecchio un drama real, y distinciones similares se pueden observar en los retratos. Mientras que las pinturas de Tiziano son poesías, las de Palma son prosa. Desde una perspectiva visual, surge la diferencia del hecho de que Tiziano, y antes que él Giorgione, saturan sus figuras de luz y encuentran en su belleza fugaz una analogía para los misterios de la personalidad humana.

¿Quién fue el autor del cuadro dramático en el que una patricia apasionada parece haberse rasgado el vestido, mostrando sus púberes pechos, sosteniendo en la mano izquierda un pequeño látigo, y arrancado el collar de cuatro hilos y tirado al suelo con su espejo, los que está recogiendo un sirviente negro, mientras sus criadas o damas de compañía la tratan de consolar? Obsérvese el parecido físico de esta dama con la desnuda del cuadro de Tiziano **Amor sagrado y profano** (Galería Borghese en Roma) y con el de **Flora** (Galería Uffizi).



Tiziano Vecellio (1490-1576), **Amor sagrado y profano.**



Tiziano Vecellio (1490-1576), **Flora.**

Kenneth Clark en **¿Qué es una obra maestra?** (Thames and Hudson, Nueva York, 1981), nos habla de dos de sus características:

Una confluencia de memorias y emociones que forman una sola idea, y un poder de recrear los estilos tradicionales para convertirse en expresiones de la época del propio artista, además de mantener una relación con el pasado.

Estas características, si bien son congruentes con **La masoquista**, no lo son por ejemplo con **Las meninas** de Velázquez. Prosigue Clark:

El elemento es esencial en una obra maestra. El artista debe estar profundamente compenetrado en la comprensión de los demás hombres. Podemos decir que ciertos retratos son obras maestras porque en ellas se recrea y presenta un cuerpo, casi un **símbolo**, de todo lo que podríamos llegar a encontrar en el fondo de nuestros corazones.

A esto lo denomina el psicoanálisis: **identificación simpática** que puede aplicarse a **La masoquista** puesto que el espectador puede identificarse con la persona sádica o con la autoagresiva, como es el caso de todos los cuadros dramáticos de Cristo o de la virgen María. Clark no da explicación alguna a la belleza sensual de algunas obras maestras que tienen que ver con el deseo platónico de engendrar en la belleza, o sea, el erotismo.

En marzo de 1995, le mostré a Ubaldo DiBenedetto, profesor de literatura de la Universidad de Harvard, una fotografía del cuadro, y me hizo las siguientes observaciones:

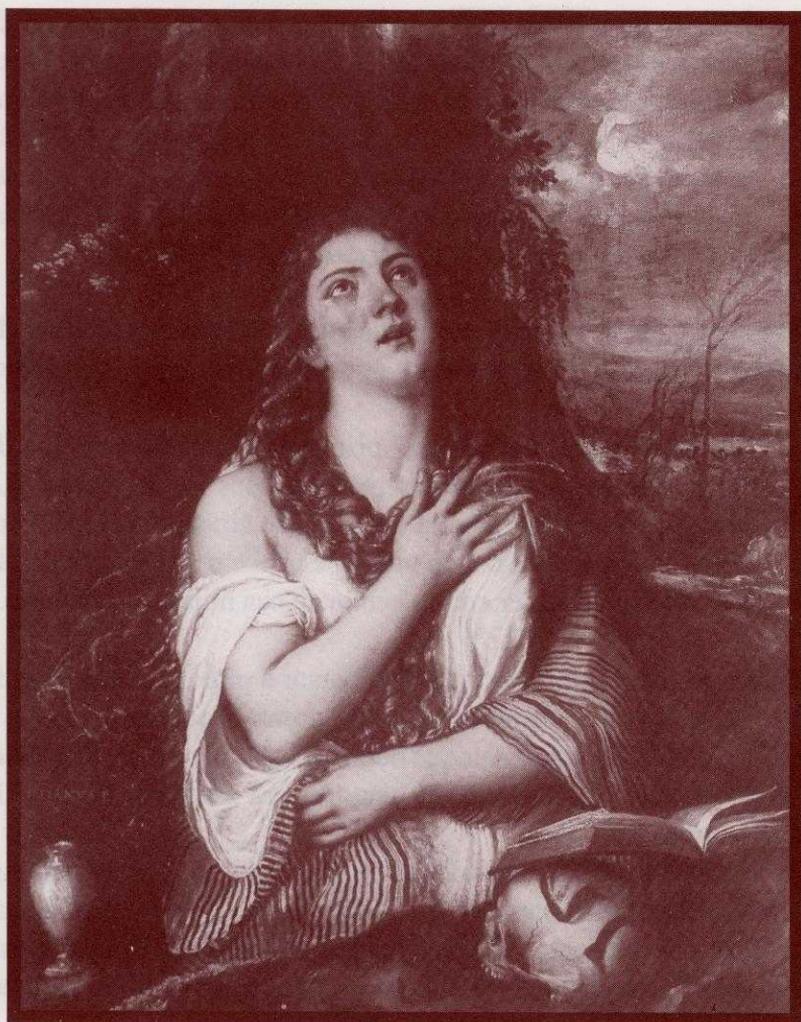
Se trata de un óleo de la escuela que sigue a la veneciana de Giorgione, Tiziano y Tintoretto. El tema es el de las mujeres afligidas, en este caso se trata de una mujer rica a quien una viajera, con la cabeza cubierta, le acaba de dar una mala noticia. En Venecia existían sirvientes negros, pero en este caso, el que está recogiendo los objetos del suelo, parece ser un enano de palacio por la riqueza de sus vestiduras.

Berenice Garmendia detectó en el capítulo **Réplicas infinitas de bellezas sensuales de La vida y época de Tiziano**, lo siguiente:

Frecuentemente los mismos príncipes requerían réplicas de obras famosas. Una de las pinturas más repetidas fue **La Magdalena** en una amplia variedad de situaciones. (...) Para cubrir la demanda Tiziano tuvo que triplicar su producción, lo que sólo pudo hacer con la ayuda de sus muchos asistentes.

Esto nos hace suponer que alguna persona pidió una alegoría de **La Magdalena** a un pintor que usó como modelos personas y personajes de la época. Aunque habrá quien dude que la Magdalena pudo haber reaccionado de esta manera ante la noticia de la crucifixión.

Existe también la posibilidad de que la dama desesperada sea una representación de Safo de Lesbos después de recibir alguna noticia concerniente a Atis, Anektoia o alguna de sus otras amantes. Veamos algunos ejemplos poéticos en el libro **Sappho and the Greek Lyric poets**, por Willis Barnstone:



Tiziano Vecellio (1490-1576), **Magdalena penitente.**

Me parece como un dios  
cuando se sienta frente a ti  
y te escucha de cerca mientras  
hablas suavemente y ríes  
como un eco dulce que me agita  
el corazón en las costillas.

Pues ahora que te miro  
mi voz está vacía y no puedo  
decir nada ya que mi lengua  
se rompe y un **fuego** fino  
me anda bajo la piel.

**Mis ojos están muertos a la luz  
mis oídos golpean y me baño en sudor.  
Me convulsiono, y más verde que el pasto  
siento perder la mente  
mientras me acerco a la muerte.**

En otro poema dijo Safo:

Nuestro tierno Adonis se muere, ¡oh! Kitereia  
¿qué podemos hacer?

**Golpeaos los senos, amigas  
y desgarraos las vestiduras.**

**Fredo Arias de la Canal**

# ÍNDICE ONOMÁSTICO

---

## EL MASOQUISMO DE PETRARCA

- ANTONIO** [Marco]: XXII  
**BERGLER**, Edmundo: XV  
**CARLOS V**: XXII  
**CERVANTES** Saavedra, Miguel de: XXI  
**CÉSAR** [Julio]: XXII  
**CICERÓN**: XXII  
**CLEMENTE VII**: XXII  
**ERASMO DE ROTTERDAM**: XV, XXI, XXIII  
**FALARIS**: XXII  
**FESTUS**: XVI  
**FLIESS**, Wilhelm: XII  
**FREUD**, Sigmund: XI, XII, XIII, XIV, XV  
**GUICCIARDINI**, Francesco: XXI, XXII  
**HOMERO**: XXI  
**JONES**, Ernest: XI, XII  
**LAURA**: XIX  
**LÉPIDO** [Marco Emilio]: XXII  
**LUTERO**, Martín: XVIII  
**MARCO BRUTO**: XXII  
**MARIO** [Cayo]: XXII  
**NIETZSCHE**, Federico: XVIII, XXIII  
**ORTEGA** y Gasset, José: XXIII  
**PABLO** [Apóstol]: XVI  
**PETRARCA**, Francesco: XIX, XX, XXIII  
**PLATÓN**: XXI  
**PLUTARCO**: XXI, XXII  
**QUIJOTE**, Don: XXIII  
**SAN AGUSTÍN**: XIX

**SANCHO [Panza]: XXIII**  
**SHOPENHAUER, Arturo: XV, XVI**  
**SÓCRATES: XXI**

## **LA MASOQUISTA**

**ADONIS: 200**  
**ALBERONI, Francisco: 177**  
**ALBERTI, Rafael: 190**  
**ALFESIBEO: 183**  
**ANEKTOIA: 198**  
**APOLO: 182**  
**ARIADNE [A]: 180, 185**  
**ATIS: 198**  
**BACO: 180, 181, 182, 183, 184, 185, 189**  
**BARNSTONE, Willis: 198**  
**BELLINI: 189**  
**BORTOLÓN, Liana: 191**  
**BYRON [Lord ]: 189, 190**  
**CAIUS OCTAVIUS: 180**  
**CALES: 184**  
**CALIPSO: 180**  
**CÁNTABRO: 183**  
**CARPACCIO, Víctor: 192**  
**CATULO: 179, 181**  
**CERES: 183**  
**CRASO: 181, 182**  
**CRISTO: 197**  
**CYDÉ: 184**  
**DAFNIS: 182, 183**  
**DAMETAS: 183**  
**DARÍO, Rubén: 188**

**DiBENEDETTO**, Ubaldo: 197  
**DIONISIO**: 180, 189  
**DORCAS**: 181  
**EGÓN**: 183  
**ELIODORA**: 181  
**ESCITA**: 183  
**ESPLENDOR**: 189  
**EUROPA**: 179  
**GARMENDIA**, Berenice: 198  
**GIORGIONE**: 189, 190, 194, 198  
**GRIFFIN**, Jasper: 179  
**HELENA**: 180  
**HIPERMESTRA**: 179  
**HIPSIPILE**: 180  
**HIRPINO**: 183  
**HORACIO**: 179, 183  
**JULIO CÉSAR**: 180  
**KENNETH**, Clark: 197  
**KITEREIA**: 200  
**LICURGO**: 186  
**MARÍA**: 197  
**MAGDALENA**: 198  
**MEDEA**: 180  
**MELEAGRO**: 180  
**MENÉNDEZ Y PELAYO**, Marcelino: 178  
**MIGUEL ÁNGEL** [Bounarroti]: 189  
**MIRRA**: 180  
**OENONE**: 180  
**ORTIZ**, Gabino: 186  
**OSIRIS**: 180  
**OVIDIO**: 180  
**PALMA VECCHIO**: 194  
**PARIS**: 180

**PASIFAE:** 180  
**POLIZIANO:** 189  
**PROPERCIO:** 179, 185  
**SAFO DE LESBOS:** 198, 200  
**SAN AGUSTÍN:** 189  
**SCILA:** 180  
**SCHELLING, Federico Guillermo:** 178  
**STEER, John:** 191, 192, 194  
**TIBULO:** 180  
**TINTORETTO:** 189, 198  
**TIZIANO:** 189, 190, 191, 194, 198  
**VELÁZQUEZ:** 197  
**VENUS:** 185, 189  
**VERONÉS:** 189, 192  
**VIRGILIO:** 180, 182, 184

## BIBLIOTHECALIS

---

### **PETRARCA, FRANCESCO**

**Petrarch's Secret or The Soul's Conflict with Passion.**

Three dialogues between himself and S. Augustine translated from the latin by William H. Draper (Chatto and Windus. London, 1911).

**Segreto** traducto in lingua Toscana. Impresso in Siena per Simeone di Niccolo Stampatore. Adi 17 di settembre 1917 [1517] (Biblioteca Nazionale Braidense, Milano).

**Carta a Giovanni de Incisa.** (Publicación de Carlo Alberto Chiesa. Verona 1967).

### **ALBERONI, FRANCISCO**

**El erotismo.** (Gedisa editorial. Barcelona 1994).

### **ALBERTI, RAFAEL**

**Roma, peligro para caminantes.** (Editorial Mortiz. México 1968).

### **BORTOLÓN, LIANA**

**La vida y época de Tiziano.** (The Hamlyn Publishing Group, Ltd., Italia, 1968).

**CERVANTES SAAVEDRA, MIGUEL DE**

**El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha.**  
(Editorial Porrúa, S. A., México 1974).

**ERASMO DE ROTTERDAM**

**Elogio de la locura.** (Editorial Nacional. México 1967).

**FREUD, SIGMUND.**

The Standard Edition of the Complete Works of  
Sigmund Freud (The Hogarth Press. London 1973).

**Los instintos y sus destinos.** (1915).

**Varios tipos de carácter descubiertos en la labor  
psicoanalítica.** (1916).

**El problema económico del masoquismo.** (1924).

**Nuevas lecciones de introducción al psicoanálisis.**  
(1933).

**GRIFFIN, JASPER**

**Latins Poets and Roman Life.** (Published by G.  
Duckworth and co. LTD. London 1985).

**GUICCIARDINI, FRANCESCO**

**Historia de Florencia** (Fondo de Cultura Económica,  
México 1990).

**HORACIO**

**Odas y épodos, sátiras, epístolas y arte poética.**  
(Editorial Porrúa, México 1992).

**KENNETH, CLARK**

**What is a Masterpiece?** (Thames and Hudson, New York, USA, 1989).

**MENÉNDEZ Y PELAYO, MARCELINO**

**Historia de las ideas estéticas en España**, vol. IV.  
(Espasa-Calpe Argentina. Buenos Aires 1943).

**NIETZSCHE, FRIEDRICH**

**Genealogía de la moral.** (Alianza Editorial, S. A., Madrid 1972).

**ORTEGA Y GASSET, JOSÉ**

**Historia como sistema.** (Ediciones de la Revista de Occidente. Madrid 1966).

**PLUTARCO**

**Essays.** (Penguin books. London 1992).

**SAFO**

**Sappho and the Greek Lyric Poets.** (Schocken Books, New York, 1988).

**SCHOPENHAUER, ARTHUR**

**The World as Will and Representation.** 2 volumes. (Dover Publications, Inc., New York 1969).

**STEER, JOHN**

**Venetian Painting** (Thames and Hudson, London 1991).

**VIRGILIO**

**Eneida. Geórgicas. Bucólicas.** (Editorial Porrúa. México 1990).

Esta edición de  
mil ejemplares de  
**MI SECRETO**  
*Secretum Meum*  
por  
**Francesco Petrarca**  
con un prólogo de  
**Fredo Arias de la Canal**  
se terminó de imprimir  
en marzo de 1998.

La edición de la presente obra estuvo a cargo de

**Berenice Garmendia.**

Diseño de

**Iván Garmendia R.**

Captura y corrección de texto

**Juan Ángel Gutiérrez.**

La impresión fue supervisada por

**L. A. E. Alfonso Sánchez Dueñas.**

Para la formación de este libro se utilizó la tipografía Times New Roman de 12 y 16 puntos en el programa Word Perfect 7.

Los interiores se imprimieron en tinta color Pantone 195C, sobre papel couché Bellmat de 125 gramos y la portada en cartulina sulfatada de 16 puntos en selección de color.